

## LA MÁQUINA DE ESCRIBIR

Por MARTINA ESTEVAN DEL CARPIO<sup>1</sup>

### RESUMEN:

Cuando fallece su abuela, el testamento sorprende a toda la familia, y especialmente a su nieta. Todos creían que sería la heredera de sus más valiosas propiedades, pero, al contrario de lo pensado, le quedaría una máquina de escribir con teclas asimétricas, y de caligrafía poco estética. Ahora, su dolor más grande será descubrir el por qué, sin tener la posibilidad de preguntárselo a ella.

**PALABRAS CLAVE:** MÁQUINA DE ESCRIBIR – ABUELA – MAGIA – ESCRIBIR  
– HISTORIA

---

<sup>1</sup> Escritora, Licenciada en Psicología, redactora y tallerista.

“Actualmente vivo en Viedma, Río Negro, Argentina. Esta es la ciudad en donde nací y crecí, aunque también estuve algunos años de mi vida estudiando en La Plata.

La escritura creativa es mi pasión, y vocación. Comencé a inventar historias de ficción desde la escuela secundaria, siendo además una lectora empedernida. Mientras me encontraba estudiando la licenciatura, empecé a participar de algunos concursos de escritura, los cuales resultaron ser mis primeros pasos en el mundo editorial.

Publiqué una antología de poesía con la editorial de España Autor, luego participé de dos antologías de relatos de terror con la editorial de Colombia Escritores Noveles, y finalmente, un libro propio de cuentos de diversos géneros con la editorial Tinta Libre. También realicé cursos de psico escritura, escritura creativa y edición.

Trabajé como redactora para páginas de marketing digital, y escribí algunos artículos de psicología en la revista digital La Mente es Maravillosa, de España.

En este momento, dicto un taller de escritura creativa en la librería El Limonero Real.

Como psicóloga, trabajo en el Hospital Pedro Eca, en una Casa de Abrigo, y un equipo interdisciplinario de cirugía de la obesidad, además de consultorio privado.

Espero continuar este hermoso camino que es la escritura, descubriendo nuevos desafíos y creando historias que me den la oportunidad de inventar nuevos mundos.”

**M**e llevó tiempo comprender por qué heredé una máquina de escribir tan asimétrica, enorme, con las teclas dispares, y la caligrafía deforme.

Si bien, no me considero una persona ambiciosa en lo más mínimo, creo que la desilusión me agarró desprevenida.

Todos los primos de la familia tenían la certeza de quién recibiría las propiedades de la abuela, y yo, por más que jamás lo había pensado conscientemente, de alguna manera también lo supuse. No vamos a caer en una falsa historia en donde los primos se hicieron presentes para brindarle cariño y amor, porque es mentira. No es real. Lo verdadero es el amor entre ambas, y me lastimaba cada incertidumbre que no podría poner en palabras en una de nuestras charlas cotidianas.

La verdadera herida continuaba abierta. Me ardía el pecho de no poder hablar este suceso tan confuso con ella. Mi viejita era una abuela, amiga, confidente, mi ejemplo y mi vida entera. Por eso me desbordó la rabia al no comprenderla, y mayor fue la impotencia de no poder preguntárselo.

Sabía que algún truco tenía bajo la manga, incluso desde ese otro plano en el que se encontraría ahora. Pero, que incluso en el momento más cruel, me jugara una ironía, hacía latir mi corazón con esa fuerza que cuesta distinguir.

Me incomodaba la burla de mis primos ausentes en la nuca, respirando soberbia como de costumbre, y susurrando delirios en mis oídos. Se hacían los que me consolaban, con frases hechas como:

*“vos sos escritora, quizás por eso eligió dejarte su más valiosa herramienta literaria”,*

*“quizás te quiso enseñar sobre humildad”,*

*“véndela primita, con esta cosa antigua, te haces guita para un viajecito”*

Me hervían los oídos.

Después de escuchar el testamento, mi paciencia desbordó en angustia, la soledad y la tristeza del duelo comenzaron a asesinarme lentamente. Si algún día, quizás en algún ejercicio de escritura creativa, me preguntasen qué es el duelo, les respondería con la mayor certeza, que es un monstruo muy espantoso, gigante, que chupa corazones y los escupe ya destruidos, sin ningún tipo de alternativa al arreglo.

La persona con quien yo hablaba cuando estaba falta de salud mental, ya no estaba, y decidí escribirle con esas piezas discontinuas, rotas como yo, unas palabras en la máquina antigua, descolorida como mi vida sin ella.

### *Querida abuela*

*No sé respirar en un mundo en el que no existís más. La magia de las cosas se perdió.*

*La yerba lavada no se ceba sola.*

*Nadie sube el volumen de Alejandro Sanz a todo lo que da, de hecho, sólo escucho el silencio, si es que eso se puede.*

*Ya no hay olor a panqueques de banana y avena, y me descompone pensar en volver a sentir un sabor que tenga tu recuerdo clavado.*

*No se repiten más los capítulos de La Ley y el Orden, y mi vida es un caos, de orden nada.*

*Los gatos a los que alimentabas creyendo que yo no te oía, están maullando de dolor, no les creo el hambre, sino la tristeza.*

*La ropa tirada en el baño, te prometo que ya no me molesta, ni tampoco encontrar el control remoto adentro de la heladera.*

*Si ahora pudiera decirte algo, sería que dejes todo tirado en cualquier lado que quieras, menos a mí, tirada en esta vida sin vos.*

*Ya nadie come sugus confitados en la casa, nadie va al cine más de una vez a ver la misma película, nadie combina el color de la prenda de arriba con la de abajo como si armara un conjunto. Por favor, rearma mi corazón, que se rompió.*

*En fin, abuela, te extraño. Pero me confundiste y estoy molesta. Sabes que no quiero nada material, pero también sabes que tengo tecnología de sobra: iPad, Tablet, laptop, celular, me los compraste todos vos. No entiendo por qué heredé esta máquina que parece transformer. Quiero entenderte, y me lastima no poder decírtelo.*

*Si pudiera pedirte un último deseo, sería una historia, de mi autora favorita. Ya sabes.*

Y sí, había una historia.

Llegó a mí de la forma más absurda que podría haber imaginado. Me encontraba, tres meses después, fingiendo total salud mental, recuperando todo el trabajo que abandoné, por duelo, en ese tiempo, redactando artículos con una gramática perfecta, pero sin ningún tipo de emoción a la vista.

Es difícil, no voy a negar, esconder los sentimientos cuando se trabaja escribiendo. Pero, en cierta manera, lo estaba logrando.

Estaba en la cafetería de la empresa el día que volqué todo el jugo exprimido sobre mi camisa blanca, y decidí que buscaría la solución en la biblioteca. Sí, mi psicóloga quedaba muda cada vez que yo mencionaba cómo abordaba cualquier percance del día a día: leyendo. Seguramente Elizabeth Bennet jamás se volcaría un jugo de naranja sobre su vestido, así que con ella quizás me olvidaba del inconveniente.

Elegí al azar, como de costumbre. Ya había leído absolutamente todo lo que me habían recomendado, los autores que me apasionan, aquellos que escuché en las redes, los autores de moda y los clásicos, los de género terror, romance, drama. La única forma de poder sorprenderme sería el azar. Y funcionó.

El libro de llamaba *Mi historia de amor*. Me sonó un poco cliché, pero criticaba mucho a los lectores que juzgan el contenido por su portada. Así que continué leyendo.

Hablaba sobre páginas en blanco, de una vida que no comenzó realmente hasta ver sus ojos reflejados en los de él. Mencionaba sensaciones que yo nunca sentí. Describía el amor más puro, no el de los cuentos y las novelas, sino el real. Ese amor que enciende faroles imaginarios, aquel basado en la compañía de poder ser y construir desde el vínculo. Hablaba del calor de dos cuerpos que se encuentran con impaciencia y sudor. Pero también de preparar el café con dos de azúcar y leche fría. De compartir helado los días de promoción. Y de recorrer un camino juntos, sin dejarse tapar por adversidades.

Me heló la sangre el subtítulo del capítulo tres. *La máquina de escribir*.

Por unos segundos, la taquicardia y la falta de aire, podrían haberme hecho imaginar un falso ataque de pánico, pero era vértigo, miedo, incluso alegría. Es difícil fingir que una es robótica, cuando te enfrentan con la herida más abierta que tenes.

Decía así:

*Fue el gesto que definió con palabras algo que, de otra manera, nunca hubiera podido ser mencionado: nuestro amor.*

*Él me veía, lo admitió un tiempo después, frenando en seco en esa esquinita en donde vendían la máquina.*

*Todas las mañanas, caminábamos juntos al taller, pasábamos por unas medias lunas calientes, y yo seguía con mi bolsa de masas, directo al taller de costura para las señoras del barrio. Él seguía su rumbo hacia su taller mecánico. Dos medias lunas para él, una para mí. Si se repite todas las mañanas, no es la fórmula del éxito, pero sí de la felicidad.*

*Me había obsesionado con dejar de escribir mis historias a mano, y soñaba con esa tecnología de última. Creía que, con esa máquina, tendría el título certificado de escritora, como si algo así existiera.*

*No le mencionaba mis deseos ambiciosos a él, pero resultaba difícil ocultarle cualquier cosa a este lector de mentes que era mi enamorado.*

*Tardó un año en construirla para mí. No había dinero suficiente para comprarla, pero mi hombre se las ingenió de todas formas. Pieza por pieza, sin saber su funcionamiento interno, con un arduo trabajo de investigación, fue indagando en tiendas, fingiendo interés por comprar una de esas herramientas de escritura, preguntando cómo se movían las teclas dentro de esta caja.*

*Lo hizo en silencio, escondido, oculto, en horarios de taller y en momentos en donde yo no estaba. Él encontraba sus formas de avanzar, hasta terminar.*

*El resultado fue una gigantesca máquina de escribir, tan original que merecía un premio a la creación del año. En mi corazón, la herramienta ya no valía por su función, sino por la muestra de amor más tierna que alguien jamás me había hecho.*

*Fascinada, decidí escupir mis primeras palabras, escritas en una caligrafía tan dispareja que le brindaba al escrito más originalidad de la que yo le daría.*

*La escritura siempre me resultó el cable a tierra, además de una zona libre de prejuicios para poner a danzar los significados más profundos del dolor que no se puede decir. Por eso, no fue casualidad, plasmar perfectamente mi historia de vida. No dudé en traspasar mi más grande dolor hacia aquella máquina.*

*Inventé un personaje con otro nombre, que sufriría por mí, mi propia pérdida. No podía tener hijos. Ya habían consultado, los personajes, obviamente, por muchísimos médicos que rotundamente habían decepcionado sus emociones con la noticia más devastadora. La química entre ellos podía parecer inquebrantable, pero no sucedía en todos los sentidos, porque, juntos, no engendrarían vida.*

*Como era de esperarse, en la ficción que mis manos escribían de forma ininterrumpida, los personajes lograban milagrosamente formar una gran familia.*

*Pero, para mi sorpresa, tres meses después, resultaba encarnar ese mismísimo personaje creado por mí. Lo hice, quedé embarazada. Y no fue un milagro, fue la máquina que cumple los sueños.*

Pasando al capítulo cuatro, mi taquicardia se convirtió en excitación. No sabía qué era lo que realmente me tenía más emocionada. Si el poder de la máquina, la historia de mi abuela, el hecho de tratarse explícitamente de mi deseo, o su relato acerca de cómo la magia se hizo presente.

La máquina de escribir, era especial, como nuestra historia.

Mi abuela y yo. Las dos amantes de las palabras. Ambas dramáticas hasta el cansancio, pero también graciosas, de las que hacemos de la salud mental una gran broma.

Nuestro vínculo fue, desde el inicio, inesperado.

No sabíamos que mis padres tan jóvenes no cumplirían sus respectivos roles materno/paterno, tampoco sabíamos que nuestras miradas serían un clásico amor a primera vista.

No teníamos ni la más pálida idea de cómo se entrecruzarían nuestras ficciones tan reales, ni cómo la magia nos uniría hasta en el día más doloroso.

Ni rastros habría de que una charla nuestra equivaldría a ramas de la filosofía que aún no existen, ni que podríamos aprender la mente con una mirada.

No teníamos conocimiento acerca de una relación tan audaz como la de una niña de cinco años y su abuela coqueta de sesenta y siete.

No adivinaríamos que la vida nos iba a separar tan pronto, para mí, y a tiempo, para ella.

No había forma de advertir que el abuelo abandonaría este plano antes de conocerme. Tampoco hubiésemos esperado que lo conociera a través de tus relatos.

Ni chances de suponer que las posibilidades te llevarían a una carrera de escritora como las más reconocidas del país.

Ni tampoco que hubiera palabras tuyas que todavía no leería hasta después de tu partida en esta dimensión.

No sería fácil reconocer que tus mejores historias me las demostraste, en lugar de volcarlas en hojas de papel.

Incluso, tus más ávidos lectores no se imaginarían quién era verdaderamente Samantha Llevalier. Mucho menos que ese nombre tampoco era real.

No había forma de saber que, antes del primer embarazo, perdiste tres que desgarraron un poco el alma. Ni tampoco nadie conoce a los tres hijos que sí tuviste.

No, en definitiva, nadie conoce como yo, a la abuela Leticia.